

A top-down view of a wooden table with a chair. On the table, there are architectural blueprints, a small globe, and a pen. The blueprints include a large central floor plan, a smaller plan below it, and several smaller diagrams at the top and bottom. The globe is positioned at the top left of the blueprints. The pen is at the top right. The chair's backrest is visible on the left and right sides of the table.

Conspiración en  
**Gibola**

ANE ODRIOZOLA CIA

Un año después de que José Martín Larrea viviera el peor episodio de su vida, en el que faltó realmente poco para terminar en la cárcel, siente que ya no tiene nada que temer. Nadie conoce su implicación en una de las mayores desgracias ocurridas en la historia de Legazpi, y así debe seguir siendo. Está a salvo.

A pesar del fracaso de su último negocio y de haber terminado totalmente arruinado, una llamada de su primo Bittor Isasmendi, al que no ha visto en los últimos veinticinco años, hará que todo cambie. Gracias a Bittor y a la inusual petición de este, José Martín tendrá la oportunidad de ganar mucho dinero entrando a formar parte de una organización muy ambiciosa. Pero para ello, antes de nada, tendrá que demostrar su valía.

¿Será este el golpe de suerte que lleva tanto tiempo esperando?

¿Saldrá airoso, por segunda vez, de una de las hazañas más osadas de su vida?

*Conspiración en Gibola* es la tercera novela de la trilogía de Gibola.

*A Josu, Ibai y Maren.*

## Prólogo

### ***Legazpi, mayo de 1955***

Quiso deshacerse del objeto que le estaba lastimando. Con gran esfuerzo, comenzó a mover su mano izquierda. Poco a poco, consiguió llegar hasta él. Lo palpó. También estaba frío y parecía de metal. Quiso moverlo, echarlo a un lado, pero no podía, estaba bien adherido a la superficie sobre la que él estaba tendido.

¿Dónde estaba? ¿Por qué ese frío y esa humedad? ¿Qué es lo que le provocaba tanta opresión? Respiró hondo, lo más hondo que las circunstancias le permitían. No le gustó el olor. Unas partículas de tierra penetraron en su organismo a través de sus fosas nasales mientras seguía escudriñando el frío objeto de metal y, en ese momento, fue consciente, por primera vez, de cuál era el lugar donde se encontraba.

Tuvo un ataque de pánico. Comenzó a hiperventilar, a tener fuertes palpitaciones, temblores y una excesiva sudoración. Su organismo comenzó a segregar adrenalina a mucha velocidad, lo que le dio la fuerza necesaria para mover todo su cuerpo, intentar escapar. Haciendo fuerza primero con los brazos y con las manos después, logró que la tierra que lo rodeaba fuera cediendo. Aunque sentía los pies entumecidos, comenzó a moverlos también. «Ahora o nunca», pensó mientras sacudía sus extremidades con todas sus fuerzas.

A duras penas y haciendo el mayor esfuerzo de su vida, logró salir del agujero. Se arrastró por el suelo hasta

que todo su cuerpo quedó en la superficie. Se giró y comprobó que no se había equivocado: era un crucifijo lo que se le había estado clavando en el pecho y un ataúd, la superficie dura y fría sobre la que había estado tumbado. Horrorizado, se alejó de la tumba y se apoyó en la enorme pared de piedra que rodeaba el cementerio. Necesitaba tranquilizarse y coger aire. Había sido enterrado vivo. ¿Cuánto tiempo había estado bajo tierra? Podían haber sido horas o días, no lo sabía.

A pesar del dolor de cabeza y del ataque de pánico que había sufrido, recordó con gran precisión todo lo que había ocurrido. Supo, sin ningún lugar a dudas, quién era el causante de que él estuviera allí. Y juró venganza. Esa sería, a partir de ahí, su razón de ser. Viviría por y para vengarse de él.

—Esto no va a quedar así —fue todo lo que dijo antes de salir del cementerio y echar a andar.

# Capítulo 1

MARINA

*Legazpi, junio de 1933*

**E**l viaje en tren hasta Legazpi me estaba pareciendo eterno. Apenas había gente en el vagón y apoyé mi cabeza contra el cristal queriendo llegar a casa cuanto antes. Lo estaba deseando. Después de pasar los últimos cuatro años sirviendo en una familia adinerada en Madrid, era lo que más me apetecía en el mundo, volver a Aztiria, mi sitio, mi hogar. Había soñado con ello un millón de veces y, por fin, a punto de cumplir dieciocho años, estaba de vuelta.

Mi padre me había escrito una carta en la que decía que mi madre había enfermado de los bronquios. Lo que en un principio parecía no ser más que un fuerte catarro, se había convertido, al parecer, en algo mucho más serio. No daba demasiados detalles. Mi padre nunca había sido muy hablador y mucho menos estaba acostumbrado a expresarse por escrito, por lo que en unas pocas líneas me

explicaba la situación. Leí el contenido de la carta un millón de veces, sobre todo la última frase: «Me gustaría que vinieses a cuidarla, Marina. Vuelve a casa».

Recuerdo haber saltado de alegría cuando terminé de leerla por primera vez. Estaba feliz. No por la enfermedad de mi madre, claro está, pero sí por que me pidieran que volviera a Aztiria. Era lo que había estado deseando durante mucho tiempo y, aunque la razón por la que regresaba a casa no era la mejor, esperaba que mi llegada mejorase las cosas. Cuidaría de mi madre lo mejor posible y confiaba en que, poco a poco, superase su enfermedad.

Aztiria era un barrio formado por caseríos de dos pueblos distintos de Gipuzkoa: Legazpi y Gabiria. Aunque oficialmente estuviera dividido en dos, en la práctica era solo uno. El vínculo establecido entre los vecinos era tan fuerte que daba lo mismo si un caserío pertenecía a una localidad o a otra, todos éramos *aztiriarras*. Cuando alguien del barrio fallecía, el funeral se celebraba en la parroquia de la localidad a la que perteneciera el caserío, y con el médico sucedía lo mismo. Algunos debían acudir al médico de Gabiria y otros al de Legazpi. Por lo demás, no había entre nosotros ninguna otra distinción. Éramos como una piña. El caserío de mi familia, Sagastietxe, pertenecía a Legazpi, y al igual que muchos otros del barrio, el nuestro también albergaba dos viviendas: la de mi familia y la de la familia Sukia.

Venía pensando en lo mucho que había cambiado todo mientras había estado fuera, cuando el tren se detuvo en la estación de Alsasua. Era tarde y me daba un poco de miedo viajar sola, pero ya quedaba poco. En menos de una hora estaría bajándome del tren en el nuevo apeadero de Legazpi. Era una de las muchas novedades que me iba a encontrar. Según había sabido por las cartas que me enviaba regularmente mi mejor amiga, Manoli, por fin habían conseguido construir el apeadero. Era algo que el Ayuntamiento llevaba persiguiendo muchos años, más de

veinte, pero por una cosa o por otra, había sido imposible. Y, por fin, el doce de septiembre de 1931 se había festejado por todo lo alto la apertura del tan ansiado apeadero. La verdad era que me daba mucha pena habérmelo perdido por estar en Madrid. Estaba deseando verlo con mis propios ojos y, por eso, en la carta que escribí a mi familia para avisar de mi llegada, les pedí que me recogieran en la nueva estación. No sabía a ciencia cierta quién vendría a buscarme. Quizá fuera mi padre, aunque seguramente sería mi hermano Juanito.

Cuando me marché del caserío con tan solo catorce años, me fui muy enfadada con todos ellos. Había sido mi cuñada Berta, la mujer de Juanito, la culpable de que me tuviera que marchar. Fue ella la que los envenenó contra mí y la que quiso enviarme lejos. Los convenció de que mi marcha sería lo mejor para todos, y ellos lo permitieron, algo que me dolió entonces y me seguía doliendo todavía. Aun así, había tenido cuatro años para pensar, y las ganas de volver a casa habían quedado muy por encima del resentimiento que pudiera tener por todo lo sucedido. Por eso, volvía decidida a empezar de cero. Al regresar a Sagastietxe, no tendría otro remedio que volver a convivir con mi cuñada, pero mi madre merecía que hiciera el esfuerzo por ella.

Había oscurecido cuando llegué a Legazpi. A través de la ventana del tren pude ver que donde antes no había nada habían construido dos edificaciones a modo de estación, una a cada lado de las vías. Estaban pintadas de blanco y en su interior incluían varios bancos para que los viajeros se pudieran sentar mientras esperaban al tren. Cogí mi maleta y me bajé del vagón observándolo todo con gran curiosidad. De pronto, alguien gritó mi nombre.

—¡Marina! ¡Marina!

Me giré y vi a Manoli, mi mejor amiga, mi confidente, mi aliada. Dejé la maleta en el suelo y eché a correr hacia



ella. Nos dimos un fuerte abrazo mientras las dos sonreíamos sin parar. ¡Nos habíamos echado tanto de menos...!

–¡Ay, Marina! Pero qué ganas tenía de verte. ¡Y qué cambiada estás!

–¿Y tú? –le contesté mirándola de arriba abajo–. Estás guapísima, ¡y muy mayor!

Detrás de ella, en silencio, vi a mi hermano. Corrí hacia él y lo abracé también.

–¡Juanito!

–*Kaixo*, pequeñaja –contestó él correspondiendo a mi abrazo–. ¡Cómo has crecido!

–¡Es que casi tengo dieciocho años!

–Ya lo veo, ya. Los *aitas* se pondrán muy contentos cuando te vean.

–¿Qué tal está la *ama*? –le pregunté preocupada.

–No está bien, Marina. Ya casi no se levanta de la cama. Tose mucho y cada vez está más débil. El médico viene a menudo a verla, pero parece que no mejora.

–Espero que tenga más suerte que la mía –escuché decir a Manoli.

Su madre había fallecido solo unos meses atrás, en enero de ese mismo año. Igual que la mía, había tenido alguna afección respiratoria, pero, por desgracia, no la había podido superar. Manoli lo había pasado mal. En sus últimas cartas se apreciaba su pena, su tristeza, pero estaba segura de que recuperaría poco a poco la alegría. Ella era divertida, risueña, animada... y volvería a ser tan alegre como lo había sido siempre. Estaba segura de ello.

Comenzamos a caminar los casi cinco kilómetros que nos separaban de nuestro caserío. Para cuando llegásemos, sería de noche ya.

–Bueno, ¿y tú que tal por la capital? –me preguntó mi amiga–. Pensé que quizá esto se te quedaría pequeño después de tanto tiempo en Madrid.

–Esto no es pequeño, Manoli. Es aquello lo que es demasiado grande.

—¿No te ha gustado?

—Algunas cosas sí, y otras no tanto. Solo tenía libre un día a la semana y cuando salía, siempre llegaba a la misma conclusión: Madrid es otro mundo, un mundo al que no me llegué a acostumbrar. Demasiada gente, demasiado ruido... No os podéis imaginar todo lo que he echado de menos la paz y la tranquilidad que se respiran aquí. Y del paisaje, no te digo nada. Esto no se paga con dinero —dije señalando los montes que nos rodeaban.

—¿Y con la familia? —quiso saber mi hermano.

—Muy bien. Es gente de mucho dinero. Tendríaís que ver la casa que tienen. Yo cuando la vi por primera vez, no me lo podía creer. Seis habitaciones, tres baños, un salón enorme... y en la mitad de Madrid. Con deciros que éramos cinco personas en el servicio...

—¿Cinco? —se extrañó Manoli.

—Así es. El ama de llaves, que es la que organiza y desorganiza todo, un chófer y tres sirvientas.

Los dos me escuchaban con mucha atención y continué.

—La señora, doña Herminia, es una mujer muy tranquila. Le gusta pasear por el Retiro, tomar el té con sus amigas, ir al teatro... Yo creo que está bastante sola, pero nunca la he oído quejarse. El señor está muy metido en política y con la proclamación de la Segunda República hace un par de años, casi ni lo he visto. Trabaja directamente para Alcalá-Zamora, el presidente. Tiene muchas reuniones y pasa mucho tiempo fuera. Por lo visto se avcinan muchos cambios y hay mucho trabajo que hacer. Yo no entiendo de política, pero eso es lo que dice la señora.

—Pues si ella lo dice... —comentó Manoli—. Aquí también ha habido cambios. El verano pasado se colocó por primera vez nuestra bandera, la *ikurriña*, junto a la bandera republicana en el balcón del ayuntamiento, y también se han inaugurado el Centro Republicano y el nuevo Batzoki, la sede del PNV. Los dos están en la calle Nueva.

–¡La calle Nueva! –Casi había olvidado que mientras estaba fuera habían inaugurado la calle que había relegado a segundo plano a la que hasta entonces había sido la principal del pueblo, la calle Santa María–. ¿Podemos ir a verla? –pregunté–. Estoy deseando. Nunca me hubiera imaginado que al volver iba a encontrarme un montón de casas nuevas donde antes solo había huertas.

–Ahora no, Marina –protestó mi hermano.

–No te preocupes –me dijo Manoli–, ya vendremos otro día y te enseñaré todo lo que te has perdido. Además, en el Batzoki están organizando representaciones teatrales, como en Madrid. ¡Te van a encantar!

–Sí, mejor otro día –dijo Juanito–. Es tardísimo y nos están esperando. No deberíamos retrasarnos. Querrán verte antes de irse a la cama.

–¿La bruja de tu mujer también? –le pregunté aun sabiendo que no le iba a gustar nada.

–¿Ya estás otra vez? Por Dios, Marina, no hace ni cinco minutos que has llegado. No me puedo creer que volvamos a lo mismo. Mi mujer ya tiene bastante con la que le ha caído. Espero que no te metas con ella y la dejes tranquila.

–Sabes perfectamente que la culpa de lo que sucedió la tuvo ella, y no al revés. Pero puedes estar tranquilo. He venido a cuidar de la *ama* y eso es lo que voy a hacer.

Se hizo un silencio incómodo. Me había prometido a mí misma dejar a un lado la mala relación que había tenido con Berta y olvidar lo sucedido en el pasado, pero no me había podido resistir. ¡La odiaba tanto...! Manoli, que me conocía a la perfección, cambió rápidamente de tema, consciente de que la conversación con mi hermano podía acabar mal.

–Ay, Marina, y no te he contado lo de la alcaldesa –dijo.

–¿Qué alcaldesa?

—No me acordé de contártelo en la última carta. Por primera vez en la historia, hemos tenido una alcaldesa en Legazpi, María Iciar Arana. Es profesora en la escuela de la plaza y tan solo tiene veintisiete años. Ha ocupado el cargo solo por unos pocos meses, hasta las últimas elecciones del mes pasado, pero es una buena noticia, ¿no te parece?

—¡Ya lo creo!

—Además, en las próximas elecciones, de aquí a unos meses, las mujeres podrán votar por primera vez, así que a lo mejor empieza a ser habitual que una mujer se ponga al mando.

Juanito no dijo nada. Él estaba más que acostumbrado a que las mujeres mandasen en su vida. Nunca había tenido un carácter fuerte, pero desde que se había casado con la sargento de su mujer, su autoridad se había visto reducida a la nada. Ella ordenaba y él obedecía, sin rechistar. Me hubiera encantado ver cómo le hacía frente y la ponía en su sitio, aunque fuera una sola vez, pero sabía que nunca lo haría. Y más me valía a mí no hacerlo por él, porque la última vez que me enfrenté a ella, terminé recorriendo cuatrocientos kilómetros para trabajar en una casa que no era la mía.

Llegamos a Aztiria casi a las once de la noche. Estaba nerviosa por el recibimiento que me fueran a hacer y por estar al fin en el lugar que tanto había añorado. Había luz en la cocina de Sagastietxe. Mi hermano tenía razón, me estaban esperando. Manoli prefirió no entrar. Era tarde y no quería que su padre y su hermano se preocuparan, así que se fue directa a Legorburu, su caserío.

—Mañana nos vemos, Marina —me dijo sonriente mientras seguía el camino hacia su casa.

—Claro que sí —le contesté—, tenemos mucho tiempo que recuperar.

Esperamos a que Manoli desapareciera por la cuesta que la llevaría a su caserío. Cuando ya no se la veía, nos

dirigimos al nuestro. Todo estaba tal cual lo recordaba. Parecía mentira que hubiera pasado tanto tiempo. Por un momento, me pareció que volvía a tener catorce años otra vez, cuando por nada del mundo me hubiera imaginado a mí misma en un lugar que no fuera aquel.

Me quedé mirando a la parte que pertenecía a la vivienda de los Sukia. No había ninguna luz y todo estaba en silencio. Una ráfaga de desilusión recorrió todo mi cuerpo. Había dado por hecho que estarían allí para darme la bienvenida. Quizá de Miguel no lo esperaba, pero sí de su hermano Josetxo y de *Txantxi*, el abuelo.

—No saben que volvías —dijo Juanito leyéndome la mente—. De hecho, solo lo sabíamos Manoli y nosotros, los de casa.

Escuchar aquello me alivió. No hubiera entendido que los Sukia no salieran a recibirme.

—Mañana los verás. Se llevarán una sorpresa cuando te vean.

«Eso espero», pensé.

—Y ahora venga —añadió Juanito—. Entremos.

Respiré hondo un par de veces mientras me alisaba la falda y me recogía detrás de la oreja los mechones de pelo que me habían quedado sueltos. Había llegado el momento de volver a ver a mi familia y estaba realmente nerviosa. ¿Se alegrarían de mi vuelta? ¿Me habrían echado de menos tanto como yo a ellos? ¿Estaría mi madre tan enferma como me había dicho mi hermano? ¿Sería capaz de soportar a mi cuñada y convivir con ella sin convertir nuestro día a día en una guerra?

Mi hermano empujó la doble puerta que daba entrada al caserío y me dejó pasar a mí primero.

—Ya estoy en casa —dije nada más entrar en la cocina—. Me alegro mucho de veros.

## Capítulo 2

JOSÉ MARTÍN

*Legazpi, agosto de 1956*

**A** sus cuarenta años, José Martín Larrea no tenía oficio ni beneficio. Había probado suerte en el mundo de los negocios por activa y por pasiva, pero todas y cada una de las veces en las que lo había intentado, el resultado había sido infructuoso. Había fracasado en tantas ocasiones que ya empezaba a creer que nunca le saldría nada bien. Aunque, a decir verdad, el último negocio tampoco había salido del todo mal. No había ganado ni una sola peseta, al contrario, había perdido el poco dinero que le quedaba, pero al menos había sabido salir airoso del embrollo en el que se había visto sumergido, y evitó terminar con sus huesos en la cárcel, algo que no había ocurrido por poco.

Tenía la gran suerte de ser hijo de Nicolás Larrea, uno de los hombres de confianza de don Patricio Echeverría, dueño de la fábrica de herramientas Patricio Echeverría S.

A, la mayor fábrica de Legazpi. A su padre nunca le había faltado dinero desde que con veinte años decidió ponerse a las órdenes de don Patricio, y parte de ese dinero lo empleaba en mantenerlo a él. José Martín era consciente de que ya era mayorcito para que lo tuvieran que estar manteniendo, pero con la mala suerte que había tenido, no estaba en condiciones de rechazar ninguna ayuda. Además, sabía que era la manera que tenía su padre de resarcirse por no haber sido un buen padre. No había sido malo, eso no, pero sí había sido un padre ausente. Trabajando en la fábrica de herramientas de sol a sol, Nicolás apenas había pasado tiempo junto a sus dos hijos, algo que, con los años, le había terminado pesando mucho. Además, los últimos acontecimientos no habían hecho otra cosa que agravar ese sentimiento de culpa. Justo, el hermano menor de José Martín, había sido ingresado en el psiquiátrico de Santa Águeda, en Mondragón, probablemente para no volver, algo que había angustiado mucho a Nicolás. Había asumido el no haber podido ayudar a su hijo menor a llevar una vida normal como un fracaso como padre, y era consciente de que ya no lo podría remediar. Queriendo evitar que José Martín llevase el mismo camino, Nicolás había optado por proporcionarle todo lo que este necesitase, al menos económicamente hablando, cosa que José Martín había aceptado de buena gana. Si su padre quería enmendar sus errores a golpe de talonario, no sería él quien lo fuera a detener.

A José Martín el ingreso en el psiquiátrico de su hermano Justo le había pillado por sorpresa. Vale que su hermano siempre había sido bastante raro, y vale que no llevase una vida demasiado normal. Apenas salía de casa, casi no se relacionaba con nadie y vivía en un estado de temor constante. Siempre estaba asustado. Sentía pánico por lo que su madre le pudiera decir o hacer, tenía miedo a salir a la calle y relacionarse con los demás, miedo a lo desconocido... Era un cobarde y siempre lo sería, pero...